

## LIBRO CUARTO

### EL MEDIODÍA

En el Mediodía francés hay dos regiones diferentes, según hemos visto ya en la primera parte del presente estudio: una es el Mediodía mediterráneo que comprende la Provenza y el Bajo Langüedoc y que por la estructura y por el clima entra en el plan general de los países situados á orillas del Mediterráneo; la otra abarca lo que puede llamarse Cuenca de Aquitania y está constituida principalmente por capas terciarias, de origen lacustre al Este y marino al Oeste, limitadas por la Cordillera central y por los Pirineos. Esta segunda región cuyo clima siente la influencia del Océano y en la cual las corrientes de agua se dividen entre el Garona y el Adour, comprende históricamente el Alto Langüedoc, la Guiena y la Gascuña. Pero hay además en el Mediodía francés una región que merece ser estudiada separadamente y es la que constituyen los Pirineos franceses y las comarcas puestas bajo su dependencia inmediata.

Tales son las regiones que nos falta estudiar y que vienen á añadir muchos elementos de variedad al conjunto de la fisonomía de Francia.

#### I

### EL MEDIODÍA MEDITERRÁNEO

#### CAPITULO PRIMERO

##### PROVENZA

##### I.—Las montañas de Provenza

La estructura de la Alta Provenza es más complicada de lo que se había creído, antes de las recientes investigaciones á que dió lugar la confección del *Mapa geológico detallado*. Las montañas que la constituyen pertenecen á diferentes sistemas, los cuales, procedentes de diversas edades y dotados de consistencia desigual, han ejercido unos sobre otros, en el estrecho espacio en que están concentrados, poderosos efectos mecánicos. De aquí resulta una estructura generalmente llena de contrastes cuyos rasgos principales pueden apreciarse en el mapa de la página CXLVII.

En la orilla izquierda del Ródano, al Sur de Valence, á las cadenas que hasta entonces se orientaban de Norte á Sur suceden otras transversales, de Este á Oeste, que desde allí se van repitiendo hasta el mar. Estas últimas álzanse en Provenza con los nombres de cadena del Ventoux y del Lure, cadena del Lubéron,

Alpinos, y más lejos limitan al Norte y al Sur la cuenca de Aix. El eslabón de la Sainte-Baume, entre Aubagne y Brignoles, forma parte de este sistema, y lo mismo sucede con esas barras grises y desnudas que atraviesan las gargantas de Ollioules y que terminan á pico delante de Tolón.

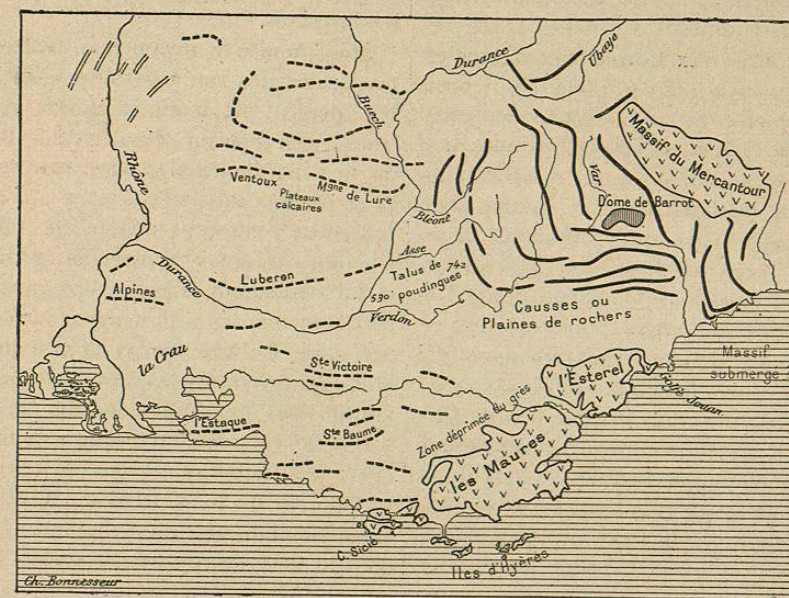
Estas cordilleras no alcanzan grandes alturas, pero son muy abruptas, escarpadas y á menudo hendidas en su extremidad, en cual caso ofrecen ese perfil brusco que los provenzales designan con el nombre de *baou*. Sus cimas revisten formas de frontones ó de campanas y su aspecto recuerda con frecuencia las altas y cortas cordilleras de la Grecia oriental, el Hymeto y el Pentélico. Todo denuncia la acción de fenómenos orogénicos muy diversos y muy intensos; es una región que después de haber sido plegada se ha fracturado y en parte hundido, y cuyas capas han sido torcidas y plegadas á veces hasta su total inversión. Estas dislocaciones están en parte enterradas en el desplome general de la región y se traducen por esas bruscas roturas que parecen ir á parar, hacia el Este, á un mismo campo de hundimiento. Durante mucho tiempo estas cadenas provenzales han sido confundidas en el sistema de los Alpes, y sin embargo hay fundadas razones para diferenciarlas, ya que por su estructura y por su edad representan un tipo diferente, más antiguo.

Los pliegues alpinos, en su desenvolvimiento meridional desde el Durance al Var, ó mejor dicho desde Digne á Mónaco, describen una larga sinuosidad. Hasta el Verdón permanecen fieles á la dirección Norte-Sur, formándose aquí un laberinto de cadenas margosas, roídas por los torrentes, hendidas por barrancos de un negro azulado y cuya topografía no se dibuja en marcada eminencia más que por los escarpes calizos que forman cornisas encima de los taludes de escombros. Hacia Moustiers-Sainte-Marie, cerca del Verdón, las cordilleras tuercen primero hacia el Sudeste y luego hacia el Este. El aspecto margoso cesa de dominar, y las cadenas se destacan como largas barras de grises y áridas pendientes sobre las cuales reverbera en verano el aire calentado. Estas barras descansan, á su vez, sobre un zócalo de mesetas pedregosas, desiertos rajados por *avens* y atravesados por cañones que se abren al Norte de Draguignán y de Grasse. Finalmente, en las inmediaciones del valle del Var, las cadenas convergen y se aproximan torciendo nuevamente hacia el Sur, pero es por poco tiempo, pues en cuanto llegan al borde de la costa, entre Niza y Mónaco, vuelven á torcer rápidamente hacia el Este al encontrarse con las dentelladas del litoral. Sus pliegues cabalgan y se amontonan repe-

tidas veces unos sobre otros, como si en este sitio la fuerza de compresión lateral que los había empujado hubiese chocado con alguna cordillera resistente, disimulada hoy en día bajo las olas del mar.

Es probable que una parte de las masas de resistencia contra las cuales chocaron los plegamientos de los Alpes meridionales escape, en efecto, á nuestra vista; pero de todos modos observamos muy claramente el hecho esencial de que la desviación y el encogimiento del haz de cadenas se realizan en el punto de aproximación de dos cordilleras primitivas, estando este haz co-

Provenza: la vieja cordillera inyectada de filones meta-líferos y atravesada por rocas porfíricas, se extiende desde el cabo Sicié al golfo Jouán, produciendo el efecto general de un conjunto de cumbres prolongadas que abarca estrechos valles y está cubierto de una vegetación parda de madroños, castaños, alcornoques y brezos arborescentes. En el Esterel, parte oriental de la cordillera, las formas agudas y los tonos brillantes del pórfido dan al paisaje otro aspecto: en el suelo, más pobre, sólo crecen cistos y pinos marítimos y una soledad de bosques reina detrás de la fachada del litoral



ESTRUCTURA ESQUEMÁTICA DE LA PROVENZA

Los pliegues alpinos han sido desviados por cordilleras de resistencia, formadas de una parte por los gneis y micasquistos del Mercantour y por los esquistos pérmicos del Domo de Barrot, y de otra por los gneis, pórfidos y micasquistos del Esterel y de los Maures. Por el valle del Argens, entre los Maures y el Esterel, desfilaza el camino histórico que se aprovecha de la zona deprimida del asperón que rodea el pie septentrional de los Maures.

gido en cierto modo entre la cordillera de Mercantour por un lado y la de los Maures por otro.

Esta cordillera delante de la cual hemos visto hace poco detenerse en el Este los eslabones provenzales, bruscamente interrumpidos, es una tierra antigua que ha permanecido sumergida por lo menos desde la época pérmica. Sus restos se ostentan en forma de asperón en el cual han podido ahondar las aguas trabajando á su alrededor, trazando de esta suerte esa depresión periférica en donde el Argens ha establecido su lecho y cuyo suelo rojizo llama la atención de los que van en el ferrocarril ó por la vía romana. No es posible dudar de que nos encontramos en una antigua ribera, pues la naturaleza detrítica de las rocas indica su origen litoral, no siendo este el único indicio, ya que á medida que nos aproximamos á las antiguas tierras de la cordillera vemos que á la unidad de las rocas sucede una variedad en armonía con las frecuentes oscilaciones de las riberas y que, como en los cinturones de arrecifes, se revela en su contextura una rica fauna de políperos. Todo aquí contribuye á denunciar las proximidades de un resto del continente primario.

Los Maures son como un rincón de Córcega en la

populoso de Frejus á Cannes. Un siglo atrás todavía no había quien no sintiera cierto temor al aventurarse en el peligroso camino que atravesaba el Esterel. La cordillera, en su mismo conjunto, siguió siendo durante largo tiempo extraña, hostil á cuanto la rodeaba: esta Provenza sarracena, cuartel general de corsarios en los siglos IX y X, fué una tierra adversa para el resto de Provenza; como el Magno en el Peloponeso, el Montenegro en la costa dálmata ó el Rif en el Atlas, era un país aparte, un rincón extranjero en la región.

A sus pies la llanura de aluviones del Argens cegó el puerto de Frejus. El antiguo puerto de las flotas romanas concentra sus casas, que se amontonan sobre una colina, en un paisaje en donde los pinos aparasolados, las ruinas de acueductos y hasta el ambiente de fiebre que se exhala de los vecinos pantanos recuerdan la Campaña de Roma.

Frejus fué la cabeza de las diferentes vías de penetración de la Provenza: por la depresión, de tan antiguo origen, que las aguas han abierto al Norte de la cordillera de los Maures, han avanzado en todo tiempo las invasiones, el comercio, los caminos, ora hacia Tolón, como hoy en día el ferrocarril, ora hacia el umbral



que da acceso á la cuenca de Aix, pasaje histórico en donde Mario derrotó á los cimbrios.

Pero el trabajo de las aguas sólo de un modo imperfecto abrió esta región cerrada de la Alta Provenza. Abruptas y en algunos puntos formidables son las cadenas que al Este del Var cortan transversalmente el acceso á la misma, y estrechos los valles que han cavado el Var, el Tineo y el Vesubio, impotentes, sin embargo, para limpiarlos de los restos que los obstruyen. Sobre los agudos picos álzanse, á modo de centinelas, extrañas pequeñas ciudades cuyas casas fortalezas, calles cubiertas é iglesias en forma de torres, se concentran en un estrecho recinto; estos sitios son tan escarpados y agrestes que sería inexplicable la existencia en ellos de seres humanos si por la parte posterior y ocultas á la vista no se extendieran algunas pendientes margosas algo más suaves en donde los campos dispuestos en gradas y el inevitable bosque de olivos subvienen al sustento de los habitantes (1). En esta serie de antiguas ciudades, apostadas unas junto á las costas, á modo de acrópolis recelosas, dispuestas otras en forma de cinturón al borde de las montañas, desde Roquebrune y Vence hasta los burgos populosos que en otro tiempo hubo en las vertientes del Luberon y del Ventoux, consérvase como una reliquia del pasado toda una vieja Provenza histórica, muy distinta de esta Provenza desfigurada que nuestros ferrocarriles atraviesan. Su vida no se concentraba en algunos puntos de la costa, sino que era más compleja y variada, y tenía una fisonomía propia en el rincón de esas comarcas ásperas y pedregosas que tanto abundan á orillas del Mediterráneo y para las cuales tenían los griegos una palabra *τροχίτη*. A este carácter se debe una parte de su papel histórico, y si el valle del Ródano se ha mantenido tan distinto de Italia, á pesar de las muchas relaciones que con ésta sostiene, su autonomía se debe á esta región difícil de franquear y tan funesta en general á las invasiones. Aix, situada en la más amplia de las cuencas que se abren cerca del valle de Argens, fué la verdadera capital histórica, la mediadora natural en donde las diversas partes de Provenza podían comunicar mejor entre sí; en sus calles estrechas y en sus viejos palacios se recoge una impresión muy armoniosa y muy justa del pasado; todo en ella respira el carácter de una capital interior, de la verdadera metrópoli de la Provenza histórica.

II.—Las costas

No se concibe, sin embargo, la Provenza sin su mar, su gran cielo, sus vastos horizontes, su libre vida exterior. Su litoral es maravilloso: desde Menton al cabo Couronne ofrece las mil sorpresas de las riberas en donde se combinan con el mar rocas de formación variada, y á partir del cabo Martín presenta una serie de sinuosidades abiertas en todos sentidos en las margas que limitan los promontorios de la caliza jurásica, tales como el espolón de Mónaco y, entre la rada de Beaulieu y de Villefranche, esa península de Saint-Jean de

(1) Citamos: *Gorbio* cerca de Mentón; *Roubion* cerca de Saint-Sauveur-sut-Tinée; *Utelle* en el Vesubio; *Gourdon* cerca de Grasse, etc.

la cual se destaca, como mango cincelado de un objeto de arte, la delicada articulación de Saint-Hospice. Desde Niza á Antibes, «la ciudad de enfrente,» perfilase una bahía recortada en las almendrillas amontonadas por enormes deltas de la época pliocena; desde el golfo de la Napoule al de Frejus, los pórpidos del Esterel forman rojos escarpes al pie de los cuales se alzan algunos peñascos que las olas asaltan sin conseguir embotar la agudeza de sus aristas. Estas puntas hendidas están separadas por pequeñas ensenadas, calas, huecos de la costa en donde pueden hallar abrigo algunas barcas, ó simples espejos de agua verde entre los cabos que escalan los pinos.

Más amplios y mucho más austeros en sus contornos suavizados son los golfos y las radas abiertos en los gneiss de la montaña de los Maures, que, hacia Saint-Tropez, hacen pensar en una Bretaña más soleada, más meridional. Después, la antigua cordillera, en su extremo occidental, presenta una composición más esquistosa y entonces se fracciona, saliendo de ella islas y penínsulas, esas articulaciones múltiples que señalan la proximidad de Tolón, cuyo puerto se abre en el punto en que los asperones chocan con los esquistos primarios. En adelante, vuelven á tomar posesión del litoral las peladas rocas calizas, primero las del jurásico y luego esas rocas urgonianas de cristalina textura y de blancura brillante cuyas formas agudas lanzan destellos al ser heridas por el sol. No hay portulano de la Edad media que no haya señalado el *Aguila* del golfo de la Ciotat: esta costa de cortaduras variadas, abundante en articulaciones de detalle, evoca el recuerdo de los antiguos tiempos, en los que ninguna de esas ensenadas era demasiado pequeña para los barcos, cada uno de estos promontorios servía de señal á los navegantes, y esas escotaduras, de aislamiento y defensa fáciles, ofrecían á los comerciantes ó á los piratas otros tantos cebos para sentar su planta en el litoral.

Ya hemos hablado de Marsella; la topografía local fué el comienzo de la fortuna de esta ciudad, que ocupa un fondo de cuenca entre la muralla uniforme del Estaque, al Norte, y los fragmentos de cordillera caliza cuya prolongación indican las islas del antepuerto. Esta cuenca es el suelo de un antiguo lago oligoceno cuyos depósitos arcillosos, cubiertos en parte de capas de travertino, proporcionan el ladrillo y materiales de construcción, y en ella abriéronse grandes barrancos á fines de la época pliocena. Allí se juntaron las aguas en el río Huveaune que cavó un profundo surco en el punto en que se lanzaba al mar. Esta desembocadura primitiva estaba situada al pie de una serie de terrormonteros de cuarenta metros de alto que forman como una pantalla contra el mistral y en ella debió establecerse el antiguo puerto, aquel *Lacydon* que por espacio de 2.500 años amparó por sí solo la fortuna de Marsella. Más adelante, por virtud de un fenómeno análogo al que se produjo en Niza, el Huveaune, rechazado sin duda por sus propios aluviones, abandonó su desembocadura para transportarla al Sur de la colina aislada de Notre-Dame de la Garde.

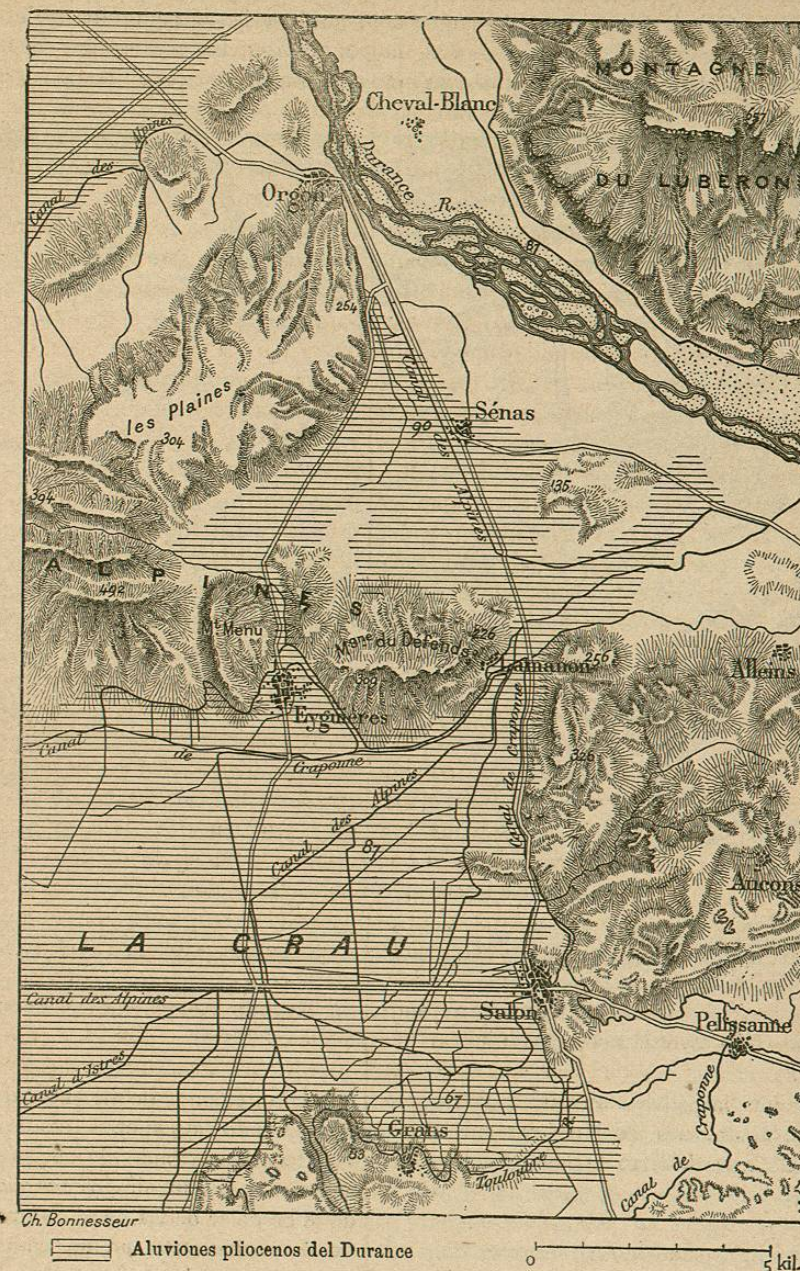
Marsella tiene islotes, acrópolis, colinas disgregadas, pequeño río, puerto estrecho y profundo, en una palabra, todos los elementos que constituyen el tipo clásico de las ciudades griegas.

III.—La llanura provenzal

La cuenca de Marsella y la de Aix que con ella continúa al Norte son dos compartimientos perfectamente deslindados que han tenido un desarrollo geológico y

ción algunos tamariscos; y el mar que se aparece (1).»

Necesario es que en alguna parte se detengan al fin los materiales procedentes de la inmensa destrucción que hemos visto en funciones desde los Vosgos hasta los Alpes. Desde los períodos geológicos que precedie-



BOQUETE DE LAMANÓN

Durante el período plioceno, el Durance, abriéndose paso al través de los Alpinos, ha construído un talud de restos cuyas formas habrían sido, sin duda, profundamente modificadas si posteriormente el río no hubiese emprendido otro curso. El talud subsiste, pues, casi intacto, desenvolviéndose en un plano profundamente inclinado que el mapa indica, y del vértice de este cono parten en direcciones opuestas los canales de riego, condición esencial de fertilidad en esta parte de la Provenza. Allí es también donde se agrupan pequeñas ciudades en las cuales se conservan más puramente los tipos y las costumbres de la población llamada *artésiana*.

una historia distintos. Pero cuando, hacia el Oeste, se deja atrás Salon ó las rocas pintorescas de Saint-Chamas en las orillas del estanque de Berre, las últimas montañas desaparecen en el horizonte y sólo se ven á lo lejos algunos eslabones: la Baja Provenza se extiende abierta á los vientos y al mar.

«Una llanura inmensa, estepas que no tienen fin ni término, y de cuando en cuando por toda vegeta-

ron á la era actual, multitud de torrentes, glaciares y ríos no cesan de arrancar á las montañas sus despojos arrastrándolos hasta el mar, que es adonde va á parar todo lo que de este modo descende de las alturas. En la desembocadura del Ródano, como en la del Var, yacen los materiales de una labor enorme que revela,

(1) Mistral, *Mireille*, canto X.